

Sábato, Hilda y Alberto Lettieri (comps). 2003. *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Buenos Aires, FCE, 336 páginas.

En el contexto de la crisis del sistema representativo ocurrido en la Argentina contemporánea, la propuesta de este libro compilado por Hilda Sábato y Alberto Lettieri es explorar, justamente, el período en el que las formas representativas y republicanas surgieron y se consolidaron en la región rioplatense, tras la caída del orden colonial. En su ensayo introductorio, Hilda Sábato indica que la renovación que ha experimentado la historia política en los últimos años ha motivado que los trabajos que componen este volumen se aparten de toda visión teleológica. Dicha visión daba por sentado la existencia del Estado y de la nación argentinas desde un principio para problematizar, en cambio, el complicado proceso de su construcción. Aunque enmarcados en un horizonte de referencias comunes delineado por las obras ya clásicas de Tulio Halperín Donghi, Natalio Botana y José Luís Romero, dichos trabajos van aún más allá para explorar nuevos aspectos del proceso sociopolítico que analizan. Así, la importancia del estudio de la sociedad civil para la comprensión del sistema político cobra nueva relevancia y transforma, a su vez, las miradas sobre el sistema político en sí mismo. Los compiladores han organizado los ensayos en dos grupos: los que colocan en primer plano el análisis de las representaciones y el imaginario y los que priorizan el estudio de las prácticas. En ambos casos se los ha ordenado cronológicamente.

La sección dedicada a las *representaciones* comienza con el trabajo de Darío Roldán quien compara los distintos sentidos que se le otorgó al concepto de representación en las principales experiencias políticas mundiales del período 1770-1830, con los que dicho concepto tuvo en el Río de la Plata, desde la Revolución de Mayo. En esta región, a diferencia de lo ocurrido en Europa y Norteamérica, el debate se limitó a la definición del sujeto de la soberanía y no llevó a cabo una crítica de las nociones relativas a la soberanía popular y a la dimensión territorial de la soberanía. Esta situación generó dificultades para la construcción de un Estado federal y, eventualmente, derivó en el debilitamiento de la tradición liberal argentina. Por su parte, Noemí Goldman reexamina los debates que tuvieron lugar entre 1810 y 1827 acerca de las formas de gobierno que debían adoptarse en el Río de la Plata, a la luz

del papel que jugaron en ellos las condiciones culturales del medio local. Las ideas de la época sobre el lenguaje -específicamente sobre la relación entre las “palabras” y las “cosas”- sumadas a la indeterminación del nuevo sistema político, limitaron los debates acerca de la “correspondencia” que debía establecerse entre los modelos constitucionales extranjeros y la realidad local a tres posibilidades: “imitación”, “adaptación” y “combinación”. Marcela Ternavasio analiza la manera en que las élites porteñas enfrentaron el problema de la imprevisibilidad inherente a las nuevas prácticas electorales surgidas tras la revolución. Después de una primera década de escasa participación electoral, el período rivadaviano inauguró la búsqueda de una “visibilidad” de la “deliberación” -tanto electoral como al interior de la sala de representantes-. El rosismo mantuvo la preocupación por la “visibilidad”, ya no de la deliberación sino del “consenso”, expresado en sus prácticas electorales de tipo plebiscitario. Jorge Myers explora las contradicciones en los discursos y las prácticas del grupo rivadaviano, centrándose en dos casos: la reforma eclesiástica y el fallido “motín de Tagle”. Tales contradicciones fueron producto del intento simultáneo por establecer a la “opinión pública” como fundamento del nuevo orden republicano y, a la vez, por defender las prerrogativas de los gobernantes y de las “ideas ilustradas”, incluso a costa de cercenar la libertad de expresión de sus opositores. Adentrándose en la segunda mitad del siglo XIX, Alberto Lettieri estudia la manera en que la nueva élite política porteña, surgida de la revolución de setiembre de 1852, logró legitimar su poder a través de la construcción de un imaginario que constituyó a dicha revolución en punto fundante del reencuentro de Buenos Aires con el ideario de Mayo. En este proceso resultaron claves las ideas-imágenes de la “ciudad sitiada” -por los urquicistas- y del “ciudadano armado” -el guardia nacional- que la protegía. Oscar Chamosa se introduce en un tema poco explorado: el carnaval porteño de mediados y fin de siglo XIX. Describe la evolución de esta fiesta y muestra que para la élite liberal de la época se trataba de un elemento importante del “discurso civilizador”, debido a las virtudes de pedagogía ciudadana que se atribuían a las formas de asociacionismo de las comparsas carnavalescas. Flavia Macías estudia la conformación de la ciudadanía y de la identidad nacional en Tucumán, entre 1854 y 1870, analizando el imaginario del “ciudadano armado”. Por una parte, las nuevas milicias denominadas Guardia Nacional resultaron clave para la construcción de un concepto de ciudadanía que asociaba las virtudes cívicas con la lealtad a nivel nacional, expresada militarmente. Por otra parte, estas milicias se constituyeron también en escenario de las disputas facciosas que dividían a la élite provincial, ya que los enrolados en ellas eran los únicos que podían votar. Finalmente, Lilia Ana Bertoni examina la contraposición entre dos concepciones distintas de la nación que permearon los de-

bates acerca de la reforma educativa hacia fin de siglo: la nación como asociación política entre individuos libres e iguales versus la nación como unidad homogénea de rasgos culturales, raciales, lingüísticos y religiosos. De tales concepciones emergían distintas visiones sobre la ciudadanía y el patriotismo; esto llevó a los defensores de la visión esencialista a promover una educación con fuerte énfasis en lo moral y en lo pragmático, orientada a la formación de ciudadanos-patriotas “útiles” a la sociedad.

Iniciando la sección dedicada a las *prácticas*, Gabriel di Meglio analiza la consolidación de la plebe porteña como actor político durante la crisis de 1820. Desde 1810 la plebe urbana venía participando subordinadamente en los conflictos de la élite, pero también había producido algunos motines de carácter más autónomo en el ejército y en las milicias. En 1820, tras prestar su apoyo a diversos líderes militares y al Cabildo, los milicianos “plebeyos” se negaron a la conciliación propiciada por sus líderes militares y resistieron, hasta ser derrotados por las milicias de campaña de Martín Rodríguez, manifestando así el importante grado de autonomía política que habían alcanzado. Pilar González Bernaldo estudia las relaciones que se establecieron, en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo, entre la sociabilidad propia de los vínculos de vecindad y las nuevas jurisdicciones administrativas -judiciales y policiales- que se agregaron a las divisiones parroquiales preexistentes. A través del análisis de la sociabilidad en las pulperías se perciben las transformaciones que se dieron en la relación entre este tipo de sociabilidad y los poderes públicos desde la etapa de las reformas rivadavianas hasta la utilización específica que hizo de ellas el rosismo. Beatriz Bragoni analiza las normas y las prácticas electorales mendocinas en el período 1854-1881. Cuestiona la imagen tradicional de un “gobierno elector” infalible y controlado por las familias dominantes, ya que en realidad era necesario activar en cada elección un juego de alianzas y lealtades capaces de movilizar a los intermediarios encargados de “producir” el resultado electoral esperado. En este contexto, la clave de la “organización del voto” estuvo en el grado de control sobre las milicias provinciales y Guardias Nacionales. Gustavo Paz estudia el “gobierno de familia” del clan Sánchez de Bustamante en Jujuy, desde 1852 a 1874. Esta red familiar de origen tardo-colonial -exiliada durante el rosismo- recuperó y administró el poder desde 1852, basándose más en sus conexiones y en su experiencia política que en su riqueza o sus propiedades. El poder de esta familia estuvo basado en el monopolio ejercido en la legislatura provincial hasta que, en 1874, su oposición a la candidatura presidencial de Avellaneda provocó su caída, propiciada también por algunos grandes terratenientes que habían quedado marginados del poder político hasta ese momento. María Bravo examina el papel de la lucha armada en las diversas modalidades de la política tucumana entre Caseros y Pa-

vón. La alta conflictividad faccional de la nueva élite gobernante provocó diversos enfrentamientos intra e inter-provinciales y también intervenciones del nuevo ejército nacional. Sin embargo, las nuevas condiciones de legitimidad de tipo republicano también obligaron a llevar estas luchas al terreno de las asambleas plebiscitarias y las elecciones. Marta Bonaudo estudia la figura del “jefe político” en Santa Fe durante el período posterior a Caseros. Este funcionario operaba como agente local del gobernador en la construcción de redes políticas y ejercía también la coerción -a través de la Guardia Nacional- para garantizar resultados electorales. Aunque así se lograba otorgar “legalidad” a las autoridades, los mecanismos coercitivos utilizados fueron restando “legitimidad” al sistema. Paula Alonso cuestiona la imagen tradicional del PAN como unidad monolítica plenamente subordinada al presidente Roca durante su primera presidencia. Si bien el presidente era el “gran elector”, tanto él como los candidatos a sucederlo tenían sus facciones o “ligas” trabajando para consolidar sus posiciones políticas. Analizando la situación en las catorce provincias, Alonso muestra que Roca logró alcanzar sus objetivos primordiales: mantuvo unido al partido y evitó el triunfo de la “liga” de Dardo Rocha, sin alterar significativamente el marco de “orden y progreso” que constituía la base de su legitimidad. Roy Hora cuestiona otra imagen tradicional: la de los “grandes empresarios” como los “dueños” del Estado oligárquico entre 1880 y 1916. Considera que la cúspide de la élite socio-económica esta compuesta por grandes terratenientes -y no por una burguesía diversificada como postula una importante corriente historiográfica-, pero estos terratenientes no controlaban el Estado ni se organizaban para presionarlo. Esto era así, por una parte, porque la preeminencia socioeconómica de este sector no era cuestionada y no necesitaban el apoyo estatal para desarrollar su actividad y, por otra, porque la clase política daba por sentado su centralidad económica y se limitaba a la construcción del marco legal y policial para el desarrollo rural. Pero la maquinaria político-electoral pasaba por los sectores medios y era controlada por el Estado, no por los empresarios rurales. Por último, Liliana Chaves analiza las prácticas electorales en Córdoba entre 1890 y 1912, año de la reforma electoral nacional. La élite conservadora, aunque fragmentada, privilegiaba el acuerdo por sobre la competencia, y para ello implementaba ciertos mecanismos que mantenían el nivel de participación electoral bajo y manipulable. Pero a partir de la crisis del PAN de 1908 y de la intervención federal de 1909 comenzaron a experimentarse cambios que evidenciaron el influjo de los factores nacionales en la transformación de las prácticas electorales locales. De 1912 en adelante la élite tendría que adaptarse a la ampliación de la participación electoral y a la consolidación de la competencia política, burocratizándose y descentralizándose así los procedimientos electorales.

Este conjunto de trabajos ilustra el grado de avance, cada vez mayor, en el conocimiento de las densas tramas de la vida política rioplatense durante el siglo XIX. En el terreno de las *representaciones* se demuestra claramente la imposibilidad de obviar las nuevas formas de la legitimidad republicana - más allá del grado de coerción que se pudiera ejercer sobre ellas- y su paulatina complejización y consolidación a lo largo del siglo. En cuanto a las *prácticas*, se observa nítidamente que las diversas instancias del poder político no eran ni monolíticas ni unidireccionales sino complejas articulaciones reticuladas en cuyos intersticios había, hasta cierto punto, espacio para la implementación de diversos tipos de estrategias individuales y/o colectivas. Este libro demuestra también los progresos realizados por la investigación sobre las realidades provinciales, es de esperar que incentive avances aún mayores, sobre todo en el estudio de regiones escasamente representadas - como por ejemplo el litoral- y en algunas de las temáticas propuestas, especialmente la cuestión de las representaciones, que en este volumen cuenta con un solo trabajo sobre la provincia de Tucumán.

CLAUDIO BIONDINO*

* Sección Etnohistoria del ICA. Universidad de Buenos Aires. e-mail: cbiondino@yahoo.es